

1

—Maldito capullo. —Dante, su entrenador y antiguo luchador de la EFL, la Extreme Fighter League, le dio un fuerte golpe en el hombro derecho—. Sabía que lo ganarías en la primera ronda. Buen nocaut.

—Ha cometido demasiados errores. No se protegía el rostro la mayor parte de las veces. —Dejó que el médico terminara de ponerle los puntos en la ceja derecha, donde había recibido un fuerte puñetazo. Apretó los dientes—. Eso sí, cada vez que ha tenido oportunidad golpeaba con fuerza.

Su entrenador encogió aquellos enormes y musculosos hombros antes de mirar la hora.

—Tienes que descansar. Mañana te lloverán muchas ofertas para las entrevistas y demás. Yo me encargaré de ello.

John asintió.

—Solo ocúpate de la pelea que tengo en dos meses. Es la que me interesa. Llámame y allí estaré. —Se levantó y se tocó el costado al sentirlo un poco hinchado. Gruñó ante el destello de dolor que lo invadió—. Joder.

Dante se rio, cruzando los enormes brazos sobre su ancho pecho.

—Te ha dado una buena, pero no tienes nada roto, solo inflamación. Descansa, campeón. Nos vemos mañana.

—¿Qué? Oh, vamos. Hay que celebrarlo, ¡ha ganado! —se quejó Patrick, quien también formaba parte de su equipo de artes marciales mixtas, las MMA, además de trabajar en el gimnasio en el que se entrenaba—. Tenemos que salir, beber... ¡Estar con las *groupies*!

—John tiene que descansar. Ha estado meses entrenando.

—Joder, a veces eres un rollo, tío. Supongo entonces que mañana sí saldremos, ¿no? —dijo John.

—Mañana lo celebraremos. —Una de las comisuras de la boca de Dante se elevó, haciendo una especie de sonrisa—. Descansa.

Asintiendo, John se despidió de algunos de sus compañeros que también eran luchadores y que habían asistido a la pelea. Terminó de recoger sus pertenencias y de vestirse. Se tapó todas las magulladuras y se tomó algunas pastillas para el dolor que le había recetado el médico.

Al salir una lluvia de *flashes* impactó contra él: de repente se encontraba rodeado de fans y periodistas. De reojo vio a una *groupie* con la que se había acostado dos meses atrás. Reconoció su largo y rizado pelo rubio, sus rasgados ojos azules y unos increíbles y carnosos labios pintados de rojo.

Sonrió al recordar lo bien que se lo habían pasado aquella noche. Le guiñó un ojo y fue hacia ella cuando lo llamó.

Rápidamente, la *groupie* se bajó aún más la camiseta negra para dejar expuesto un generoso y bronceado escote, hasta que casi se asomó uno de sus pezones.

—Fírmame, campeón. —Se mordió el labio inferior y lo agarró de la camiseta para pegarlo a ella mientras otros fans intentaban capturar su atención.

John ladeó una de las comisuras de la boca y firmó, en el pecho derecho, con un rotulador negro que ella le dio; luego se lo devolvió y la miró una última vez antes de centrarse en los demás fans.

Firmó algunos autógrafos más —esa vez en pósteres y camisetas— antes de ir hacia su coche y alejarse de todo aquel pelotón con rapidez, ayudado por los de seguridad.

Mierda, ver de nuevo a aquella despampanante rubia lo había excitado, sobre todo cuando se había mantenido alejado del sexo durante semanas. Necesitaba conservar toda su fuerza y su energía para el combate, algo que su entrenador le había dejado muy claro el primer día, cuando había firmado para estar con él.

Dante lo había salvado de una muerte segura. John había sido un muchacho conflictivo, lleno de ira y resentimiento, cuyas compañías no habían sido las mejores. A los veinte se había metido en la Marina, decidido a enterrar su pasado, o al menos a dejarlo

atrás durante una larga temporada. Tras volver, las ansias de pelear, de sentir sus puños impactando contra el cuerpo de otro lo habían llevado al límite de asistir a peleas ilegales en clubes clandestinos, con las que se había ganado una buena cantidad de dinero. En una de esas peleas, había conocido a Dante.

Sacudió la cabeza y encendió la radio, dejando que la música lo rodeara.

¿Qué estaría haciendo su hermano? ¿Habría visto la pelea? Él siempre iba a todas, pero ese día había faltado, ni siquiera lo había llamado para dar una excusa. ¿Le habría pasado algo?

Decidió tomar un desvío hacia la casa de su hermano.

No tardó en llegar.

Vislumbró a lo lejos aquellas dos filas de casas paralelas, iluminadas con farolas y luces pegadas en las paredes. Todo estaba como la última vez que había ido. Los jardines cuidados con pulcritud, coches de buenas marcas y ese olor hogareño que solían desprender todas las casas.

Aparcó enfrente de la acera de la casa de Justin, salió del coche y lo cerró.

Metiéndose las manos dentro de los bolsillos de la sudadera negra de la EFL, avanzó despacio mientras miraba con atención el jardín y la casa de su hermano. Todo parecía estar en perfecto estado, algo acorde con la manía de Bridget, su esposa.

Llamó y esperó.

La puerta se abrió unos segundos más tarde y apareció su hermano Justin. Sus ojos, azules verdosos, iguales a los de él, estaban algo rojizos. Su corto pelo rubio estaba totalmente despeinado, como si se hubiese estado dando tirones de él. Una obsesión que tenía desde que era pequeño. La mayoría de las veces lo hacía cuando estaba demasiado nervioso o se sentía impotente.

Enarcó una ceja y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Interrumpo algo?

Justin negó con la cabeza y lo dejó pasar. Vestía un chándal gris oscuro.

Lo guio hacia el amplio salón, apenas alumbrado por una pequeña lámpara que había en una mesilla de madera, que

proyectaba sombras sobre las estanterías y la chimenea, dándole un aspecto desordenado y frío que Bridget no habría tolerado. Sus pasos sonaban cada vez que avanzaba por el suelo de madera, que crujía con suavidad.

Preocupado, John se sentó enfrente del sillón que ocupó su hermano.

—¿Ha pasado algo? ¿Bridget está bien?

—Está arriba, descansando. —Suspirando, apoyó los codos sobre las rodillas y se pasó las manos por el rostro, frotándose los ojos—. No ha sido un buen día.

—¿El negocio no le va bien? —No pudo evitar mirar hacia las escaleras que conducían hacia el segundo piso.

Todo estaba completamente oscuro.

—No, no, todo eso va muy bien. —Justin se aclaró la voz cuando le tembló. Cerró los ojos con fuerza y se quedó en silencio.

John se echó hacia delante y colocó una mano sobre uno de los anchos hombros de su hermano. ¿Qué diablos había pasado? Cada segundo estaba más preocupado, sobre todo por la postura de Justin. Su hermano nunca se había mostrado así. Abatido, débil, cansado... Su carácter era juguetón, feliz, siempre de un buen humor que acababa por contagiar a los demás con sus bromas y su gran sonrisa.

Había tenido que pasar algo muy malo para que él estuviese así.

—¿Qué ha pasado, Justin? Me estás asustando.

Levantó el rostro y lo miró.

—Te dije hace poco que Bridget y yo estábamos intentando que se quedase embarazada, ¿lo recuerdas? —John asintió despacio. Su cuerpo se relajó de forma evidente al tener el presentimiento de que ni la salud de Justin ni la de su esposa peligraban. Recostó la espalda sobre el sofá, estirando el cuello de un lado a otro—. Estaba embarazada de tres semanas, John. No dijimos nada porque ella quería esperar a cumplir el mes, pero ha abortado. Hoy. —John se quedó paralizado y desvió la vista—. Ha sido esta mañana, en el trabajo. Acabamos de llegar del hospital. Se ha negado a pasar la noche allí.

—Oh, mierda, hermano. Lo siento de verdad —musitó John.

Aquellos temas lo incomodaban como el diablo. No sabía qué decir, era algo que él nunca había experimentado con sus parejas. Y estaba muy agradecido por ello; nunca había mantenido una relación estable con ninguna mujer, por lo que no sabía qué sentir emocionalmente. Además, había comenzado a hablar con su hermano no hacía más de dos años.

—Está destrozada, John. —Lo miró, tensando el rostro—. El médico dice que es normal y todo ese maldito rollo que te sueltan. ¿Y ella? ¿Qué pasa con ella? —Negó con la cabeza—. Esto es de locos.

John asintió y se removi6 para cambiar de postura. Se mordió la lengua para contener la maldición que había estado a punto de soltar cuando otro dolor punzante le apareció en el costado. Quería escuchar a su hermano, entender la gravedad de la situación, pero los analgésicos no parecían hacerle efecto.

Permaneció en silencio mientras intentaba ordenar sus pensamientos y elegir las palabras adecuadas.

Su hermano parecía estar pasándolo fatal.

—Y..., bueno, podéis intentarlo más adelante, ¿no?

—Sí, claro. El médico dijo que no pasaba nada, que todo estaba bien y... Maldita sea, John, conoces a Bridget. Es como si el mundo se le hubiese venido encima. Cree que nunca más podrá volver a quedarse embarazada. Y ya sabes la presión que recibe de su familia.

—Lo superará, es muy fuerte. Seguro que mañana o pasado estará bien.

Justin se aclaró la voz nuevamente, como si fuese él el que no se encontraba cómodo hablando de aquello.

—Sí, claro. Seguro. —Se rascó la parte posterior de la cabeza y estudió el rostro de John—. Has ganado, ¿verdad?

Agradeció que su hermano cambiase de tema.

—Sí. Por nocaut.

—Pero parece que él también te ha dado una buena, ¿eh? —Sonriendo, negó con la cabeza—. Sigues dejando expuestos los costados.

Encogiéndose de hombros, sonrió. Aunque gruñó al sentir un

nuevo pinchazo de dolor, gruñó.

Justin soltó una carcajada.

—¿Quieres algo de beber?

—No, solo pasaba por aquí. Me pareció raro que no vinieses hoy a la pelea...

—Oh, claro. ¿Cómo es que no estás celebrando la victoria con tu equipo y otros luchadores?

—Necesito descansar, sobre todo tras entrenar tan duro estos últimos meses. —Bostezó y cerró los ojos durante unos segundos, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá color crema—. Patrick me ha estado dando el coñazo toda la semana, ya sabes cuánto le gusta salir de fiesta con las *groupies*. Mañana lo celebraremos; ¿por qué no os venís? Bridget podría despejarse. A ti tampoco te vendría mal.

—Sería una buena idea —asintió—. Bridget está tan triste que parece ser una persona diferente. Espero que todo esto pase lo más rápido posible y volvamos a estar como antes.

Por primera vez en muchos años, John pudo sentir la desesperación que irradiaba el cuerpo de su hermano. Bridget era muy importante para él, lo era todo, y estaba seguro de que sentarse junto a su hermano magullado era lo que menos le apetecía en ese momento. Pero él era políticamente correcto en todo.

Vio la preocupación en sus ojos, el dolor cada vez que decía su nombre, las incontrolables ganas que tenía de volver a la habitación con su esposa debido a la cantidad de veces que miraba las escaleras por el rabillo del ojo.

Tampoco había que ser demasiado observador...

Se levantó e, ignorando la protesta de sus músculos, le hizo un gesto.

—Me voy ya. Necesito dormir y dejar de sentir mi cuerpo durante unas horas.

Justin también se puso de pie.

—¿Seguro que no quieres nada de beber?

—No, no. Me voy ya antes de que esté más cansado y no pueda mover mi trasero fuera de aquí.

Sonriendo, Justin negó varias veces con la cabeza y lo acompañó

hacia el vehículo, cruzándose de brazos. La fresca noche los rodeó, aliviando la atmósfera tensa que segundos atrás los había envuelto.

Cuando se montó, bajó el espejo y lo miró.

—Lo superaréis. Te tiene a su lado y sabrás cómo volver a hacerla sonreír.

Él asintió.

—Sí, claro. Seguro. —Se agachó hasta apoyarse en el coche—. Gracias por venir. Me alegro de haberte visto y... todo eso. Y enhorabuena por la victoria.

Sonrió y arrancó.

—Avísame si al final venís mañana.

—Vale.

Se despidió haciendo un gesto con la cabeza y se alejó, viendo la silueta de su hermano cada vez más pequeña hasta no ser más que un simple punto negro alumbrado por la redonda luna blanca.

De repente, y de forma inexplicable, se sintió como si no hubiese ganado esa noche.

Coral preparó para regalo aquella suave camiseta de seda rosa palo que su más fiel clienta, Inés Escobedo, había comprado como regalo de graduación a su nieta. La envolvió con un ligero papel antes de guardarla en una caja blanca y coger un lazo para cerrarla. Le encantaba tratar la ropa con tanto cariño. Se sentía muy afortunada. Trabajaba en lo que más le gustaba y había hecho su sueño realidad: vender sus propios diseños.

La metió en una bolsa de papel donde se veía el nombre de la tienda, Coral'sy se la tendió a la anciana.

—Aquí tiene, señora Escobedo.

—Oh, querida, me encanta. No solo me has ayudado a elegir una prenda, sino que también la has envuelto de forma impecable. Gracias, cariño —murmuró con una sonrisa.

—Ha sido un placer... Además de que su sobrina y yo tenemos la misma talla.

—Sí, sois muy parecidas, incluso podríais tener la misma edad.

—Hizo una pausa antes de asentir—. Gracias, cielo.

—De nada, señora Escobedo. Gracias por volver.

La mujer salió de la impecable tienda. Odiaba que la tratase con tanta cortesía, pero Coral tenía una reputación que mantener. Su tienda era una de las más conocidas de Valley's Moon. Toda la ropa que había en ella era exclusiva para las mujeres. Había estudiado diseño y moda en una escuela de España antes de decidir mudarse a aquel pueblo.

Su tienda también había sido creación suya. Desde el principio había tenido muy claro cómo quería que fuese. Suelos de mármol impoluto, grandes cristales que dejaban pasar el sol y daban mucha luz al interior, escaparates adornados que parecían ser escenas de diferentes casas, para que los accesorios y la ropa fuesen a conjunto, estantes de cristal donde había más accesorios, ropa... y lámparas en el techo que se encendían cuando tocaba el interruptor que había detrás de la caja registradora. La puerta también era de cristal, con adornos dorados que le otorgaban un aspecto clásico y regio.

Llevaba apenas ocho meses en Valley's Moony poco a poco se estaba haciendo un hueco, además de crearse una buena fama. Todas las mujeres iban a su tienda al menos una vez cada dos semanas. Sus prendas eran exquisitas y, aunque el precio fuera algo más alto que en el resto de las tiendas, merecía la pena.

Miró el enorme reloj que había a sus espaldas, detrás de la caja registradora. Era bastante antiguo, regalo de su abuela paterna. Había fallecido hacía cinco años y había hecho una lista para repartir de forma equitativa todas sus pertenencias, entre ellas el reloj. Coral paró el hilo de sus pensamientos cuando otra mujer entró en su tienda. Se trataba de una rubia de metro setenta y cinco, ojos zafiro y labios carnosos. Su vestimenta la describía como una mujer con recursos debido a todas las marcas que llevaba, desde su bolso hasta las gafas graduadas. De un rápido vistazo se fijó en sus largas piernas y en el discreto escote que llevaba tapado con un pañuelo.

Sonriendo, se acercó a ella.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, estoy buscando blusas. Una amiga me ha recomendado tu tienda.

—Las blusas están ahí. —Señaló una parte de la tienda, siempre llevando una sonrisa por delante—. Si quiere, puedo ayudarla.

—Has estudiado moda, ¿no?

—Sí, efectivamente. Algunas de mis clientas me preguntan qué prendas combinan con cuáles o qué quedaría mejor para una situación u otra y yo las asesoro.

Asintiendo, la rubia avanzó hacia las blusas.

—Voy a echar un vistazo.

—Por supuesto.

Coral se fue hacia la sección de vestidos para comprobar que todos estaban bien colocados. Los ordenó por tallas y diseños para que fuera más fácil para las clientas. Además, hacía dos horas una madre con dos niños se había puesto a rebuscar un traje que «disimulase el flotador» que había aparecido en torno a su cintura desde el verano pasado.

La campanilla volvió a sonar. Coral se giró y vio a un fornido hombre rubio. Por su simpático pero incómodo rostro, daba la impresión de que estaba algo perdido. Confuso. Sus anchos hombros estaban tapados por una cazadora marrón que se encontraba en muy buen estado. Debajo de esta, llevaba una camiseta blanca. Unos vaqueros oscuros enfundaban sus largas piernas. Tenía mucho estilo. Discreto pero masculino, atractivo. Debía de estar allí para elegir un regalo para su mujer.

Se acercó a él y curvó las comisuras de los labios. Él le devolvió una tenue sonrisa.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarle en algo?

—Buenas tardes, creo que sí me podría ayudar... —Miró toda la tienda. Parecía estar algo lejano a todo aquello—. Quiero hacerle un regalo a mi esposa y esta es una de sus tiendas favoritas. Quizás se acuerde de ella... Bridget. Pelirroja, ojos azules...

Coral abrió los ojos y asintió. Por supuesto que recordaba a esa simpática y vivaz mujer.

—Por supuesto, ¿qué tal se encuentra?

La frente del hombre se frunció y una sombra de pesar cubrió sus bonitos ojos verdes turquesas.

—Bien... Bien. —Se aclaró la voz, quizás intentado aliviar la

sequedad de la garganta—. ¿Puede darme alguna prenda que a ella le gustaría?

De acuerdo, no parecía querer hablar del tema de su familia. Lo entendía. Coral solo era cortés, educada con sus clientes. No esperaba nada más, aunque admitía sentir cierto cariño hacia aquella mujer rellenita que siempre sonreía.

—Por supuesto. ¿Quiere un vestido o mejor una camiseta? También tengo unas faldas muy bonitas.

—Lo que sea —agregó con rapidez.

—De acuerdo... —Coral se fue hacia la sección de faldas. Cogió una blanca con un estampado floreado. La prenda parecía tener varias capas, pero era parte de la magia, para darle movilidad—. Estas faldas son nuevas, las tengo desde hace tres días. Su esposa vino hace dos semanas preguntándome si traería faldas largas. Creo que esta le gustaría bastante. He cogido la talla de Bridget: la he ayudado antes a elegir prendas. Esta cuesta cincuenta y cinco dólares.

Como si acabase de sacarle de sus pensamientos, el hombre la miró con confusión, como si no se acordara de por qué estaba allí. Luego le echó un vistazo a la prenda y asintió.

—Confío en su criterio; me la llevaré.

Coral asintió, fue hacia la caja y le quitó la alarma a la prenda. Aprovechó para estudiar el rostro del marido de Bridget. Ella lo había descrito como una persona educada, apasionada por la vida y por ella misma. Alegre. Pero el hombre que tenía delante parecía distante y de cierta forma deprimido.

—¿Se la envuelvo para regalo?

—Por favor —aceptó.

Tras terminar, cobró la falda y le dio la bolsa, esbozando una sonrisa.

—Espero que le guste. Por favor, conserve el tíquet para devolución. Aunque creo que le va a encantar.

—Gracias, ha sido de gran ayuda. —Una sincera sonrisa iluminó sus ojos.

—Salude a su esposa de mi parte.

Tras hacer un gesto con la cabeza, el hombre salió de la *boutique*.

Se puso unas gafas de sol y desapareció. Coral se moría de ganas por saber si Bridget se encontraba bien. Nada más llegar a aquel pueblo, ella había sido su primera clienta. Le había explicado un poco cómo funcionaban las cosas allí, dónde estaba el supermercado... Había sido de gran ayuda.

—Me voy a llevar estos pendientes, el pañuelo y la blusa.

La rubia alta lo dejó todo sobre el mostrador. Coral lo cobró y metió las compras en una bolsa. Al salir, cerró la tienda. Eran las seis y media, y aunque en España solía cerrar a las nueve, en Estados Unidos todo era diferente. Aunque al día siguiente por la mañana iba a limpiar los cristales y los muebles, ese día iba a barrer el suelo. Iba hacia el almacén para coger la escoba cuando su móvil comenzó a vibrar.

Era su madre, y llamaba desde España.

—¿Mamá? ¿Qué tal?

—Hola, cariño. Tu padre quería que te llamara para hablar, ¿cómo vas?

La voz de su madre, dulce y tierna, la embriagó. Echaba muchísimo de menos a su familia. Podía haber abierto una tienda en Barcelona, pues así habría estado más cerca de sus padres, que vivían en Sevilla, pero Coral quería expandirse poco a poco, abrir las alas lejos de su país.

—Genial, acabo de cerrar. Ha sido un día muy productivo.

La ronca voz de su padre se escuchaba de fondo.

—Tu padre quiere saber si vas a estar aquí en Navidades. Yo lo doy por hecho, ¿no?

Coral salió del almacén y puso el altavoz del teléfono. Comenzó a barrer.

—Por supuesto, iré unos días, aunque sabéis que en Navidad trabajo. Es la mejor época del año.

—No te preocupes. Hablaremos de ello más adelante. ¿Sabes que Sebastián está en Nueva York? Quizás podríais veros.

Coral se alegró de que su madre no pudiese ver la mueca que había hecho tras su comentario. Sebastián había sido su «novio», bueno, el primer hombre con el que había mantenido relaciones sexuales. Pertenecía a una familia bastante adinerada y respetada

de Sevilla. Hablaba tres idiomas y tenía dos másteres relacionados con la carrera que había estudiado, Odontología. Tenía su propio local en San Fernando, cerca de la parada del metro de Sevilla. Había continuado con el negocio familiar. Quizás en ese momento fuese un hombre hecho y derecho, pero cuando habían estado juntos, Sebastián le había hecho daño. Su más que obvia y escasa experiencia con los hombres le había permitido a Sebastián crear tal telaraña y Coral se había visto inmersa en una «no relación» seria que incluía múltiples mujeres a la vez que había estado con ella. Su familia desconocía esa parte, por supuesto.

Lo había perdonado, porque sus familias eran amigas, pero nada más.

—Oh, ¿sí?

—Sí, cariño. Le he dado tu número de teléfono esta mañana; quizás puedas darle una vuelta por el pueblo. Ya sabes que siempre está viajando.

Espera... ¿qué? ¿Había oído bien? Cerró la boca al darse cuenta de que la había estado teniendo abierta.

—Mamá, ¿por qué le has dado mi número?

—¡Es tu amigo! ¿He hecho algo malo?

Coral dejó apoyada la escoba en la pared y se pasó las manos por el rostro. Se consideraba una mujer capaz de controlar sus emociones, pero en ese momento le estaba costando más trabajo de lo normal.

—No, no pasa nada. Mamá, tengo que recoger la tienda; ¿te parece bien si te llamo yo cuando llegue a casa?

—Por supuesto, cariño. Tu padre tiene muchas ganas de hablar contigo.

Al despedirse, cogió la escoba con fuerza para liberar parte de la tensión que sentía. ¡Aj, demonios! Odiaba cuando su madre se entrometía en su vida. No era nada nuevo que ambas familias querían que Sebastián y ella acabasen juntos... Pero eso no iba a pasar. Por encima de su cadáver.

2

John entró en el *pub* irlandés en el que se encontraban tanto su entrenador como sus compañeros del gimnasio. Estaba atestado de gente y las cervezas corrían por doquier. Bufó. El causante de aquello debía de ser Patrick. Le encantaban las fiestas, sobre todo si las *groupies* estaban allí. Era una buena ocasión para practicar sexo. La música llegó hasta sus oídos: U2.

Se pasó una mano por el pelo húmedo, lo que le recordó que hacía apenas unos minutos se había dado una buena ducha en su apartamento. Nada más llegar, se había encontrado numerosos mensajes de teléfono, entre ellos uno de su abuelo. Debería llamarlo pronto, incluso al día siguiente. A aquel pobre viejo se le estaba haciendo la casa demasiado grande desde que su esposa había fallecido.

Fue hasta el grupo con una mueca: todavía sentía dolor en el costado y otras partes de su cuerpo. Aun así, saber que estaba cerca de ser el campeón le daba nuevas fuerzas para continuar.

Los ojos grises de Patrick se clavaron en él.

—¡Tío, te estábamos esperando! —Lo cogió del antebrazo—. ¿Qué te parece? No he invitado a más de setenta personas. En la intimidad, como me ha dicho Dante.

La enorme figura de su entrenador se proyectó sobre ellos.

—Demonios, Patrick, haces lo que te da la gana.

Poniendo los ojos en blanco, se encogió de hombros.

—He pensado en ti, ¿sabes?

John buscó con la mirada entre la multitud. ¿Su hermano y Bridget estaban ahí? ¿Se habrían aventurado a celebrar junto a él su victoria o todavía la relación que los unía no era lo bastante fuerte? Ignoró la punzada de decepción que sintió al no encontrarlos. Movié la cabeza de un lado a otro, nervioso.

—¿En mí?

—He invitado a esa *groupie* que tanto te gusta, Anastasia.

Él clavó la mirada en la exuberante figura de la rubia, cuyos pechos casi por completo fuera, apenas tapados por una camisa suelta, ofrecían una maravillosa imagen. Los ojos azules de la mujer brillaron con malicia y seducción, rodeados de un maquillaje negro y plateado que los hacía enormes.

Admitía que en un principio había pensado en algo más sano. Lejos de las mujeres manipuladoras que hacían cualquier cosa con tal de pasar un rato con su ídolo. Pero si su hermano no estaba... , al menos podría divertirse. O intentarlo. Dios sabía lo cansado que se encontraba. Aunque no pensaba admitirlo.

Unos dedos largos con uñas largas de gel se posaron en su pecho.

—John...

¿Cómo había dicho Patrick que se llamaba? Ah, sí, Anastasia.

Llevaba el cabello rubio dorado en tirabuzones que llegaban hasta su cintura de avispa. Aquella melena desprendía un increíble olor a frutas del bosque. Desde luego, esa mujer era preciosa y se cuidaba. Quizás la frialdad de su mirada era lo que lo echaba para atrás. Era calculadora. Podía sentirlo. Anastasia amaba ser el centro de atención y que todos supiesen que ella tenía privilegios con la futura estrella de las artes marciales mixtas, John Stone.

—¿Tengo toda tu atención esta noche o te tengo que compartir?
—preguntó con voz sugerente, mordiéndose el carnoso labio inferior.

Él fue a responder cuando vio una pareja entrando en el local. Vislumbró una cabellera roja muy rizada y un hombre alto.

El corazón le dio un vuelco, consiguiendo que volviese a sentirse incómodo ante la felicidad que le recorría al ver a su hermano. No llevaban más de dos años con una relación «familiar». Pero se había sentido tan solo...

—Espera, cariño, vuelvo en un rato —le dijo a Anastasia sin quitar la vista de Justin.

A medida que se acercaba a ellos, mientras se sentaban a una mesa, pudo comprobar el mal estado en el que se encontraba la esposa de su hermano. Sus ojos estaban ensombrecidos, sus rizos

rojos despeinados como muelles que apuntaban a todas partes. Sus carnosos labios estaban secos. Aun así, cuando Bridget lo vio, se levantó de la mesa que habían ocupado y lo envolvió en un cálido abrazo.

Bridget conseguía llegar hasta su oscuro corazón y estremecerlo. Lo hacía sentir vulnerable, una emoción que odiaba como el diablo. Se sentía como un niño pequeño, indefenso, con ansias de recibir cariño.

Respondió al gesto y le acarició con suavidad la espalda.

—Me alegro de veros.

—Por supuesto, no nos íbamos a perder esto por nada. — Bridget se separó con una tenue sonrisa.

Justin le dio otro rápido abrazo antes de ofrecerle que se sentara con ellos.

—¿Celebrando la victoria?

—Bueno... —Se encogió de hombros y llamó a un camarero con un gesto de la mano.

—Déjame adivinar: Patrick sigue haciendo lo que le da la gana —dijo Justin con una sonrisa.

—Quería que fuese algo íntimo... Más familiar.

—Estamos muy orgullosos de ti, John. —Bridget le cogió la mano por encima de la mesa, dándole un cálido apretón—. Sé que dentro de poco te vas a enfrentar a Dmitry, el campeón.

—Es una gran oportunidad. Nuestro padre estaría orgulloso de ti.

John no pudo contener la mueca de asco que le produjo oír a Justin mencionar a su padre. Soltó una risa histérica.

—Ese viejo puede arder en el infierno.

—Cometió errores, pero se arrepintió. —Justin entrecerró los ojos. Sus hombros parecían estar algo tensos.

—Demasiados. ¿Sabes? —John apoyó los codos y miró fijamente a su hermano—. No lo echo de menos. Me da igual. ¿Ves esto? —Se levantó la camiseta gris para enseñarle una enorme cicatriz que le llegaba desde debajo del pezón derecho hasta el final de las costillas—. Esta me la hizo él, y también esta. —Le señaló la sien, donde desde el pelo hasta la mitad del pómulos se veía

otra—. Y esta. Tengo muchas más.

La pena llenó los ojos de Bridget, mientras que Justin desvió la vista, aturdido. Justin no había conocido la faceta borracha del padre de ambos. No había conocido a esa bestia de metro noventa que se dedicaba a golpear a su hijo, gritarle y gastarse todo el dinero en alcohol. John había pasado hambre, mucha hambre, pero la gente había respetado demasiado al antiguo soldado de infantería que había sido su padre como para denunciarlo.

De repente, John se sintió horrible. Un monstruo. Estaban pasando por una mala situación y habían ido a verlo. Como mínimo, debía hacerlos sentir mejor, hacer que se evadieran de los problemas. Estaba haciendo todo lo contrario.

Se aclaró la garganta.

—¿Queréis algo de beber?

—Una cerveza, ¿tú otra, cariño? —le preguntó Justin a su esposa.

—Sí, sin alcohol.

Asintió y le dio la orden a uno de los camareros, junto con otra cerveza para él.

Sin saber qué decir, se llevó una mano al cuello. Su atención se centró en la falda larga que ella llevaba, de estampado florido.

—¿Es nueva?

—Oh, sí. —Bridget se levantó—. Me la ha regalado tu hermano hoy mismo. Es de mi tienda favorita, Coral's. Tiene unas cosas monísimas. Estaba deseando tener una falda larga.

—Te queda muy bien. —Su voz salió más ronca de lo normal, incómodo por tener que ofrecerle un cumplido a la mujer de su hermano.

Justin contuvo una sonrisa; justo entonces el camarero llegó con sus bebidas.

—Gracias.

John se sintió en la obligación de decir algo con respecto al aborto. Miró a su hermano mayor, que asintió. Se agarró con más fuerza al respaldo de ella.

—Yo... Joder, Bridget, lo siento. Lamento lo que os ha sucedido.

—Gracias, John. Ha sido un golpe duro, pero lo superaremos —susurró, mostrando su agradecimiento cuando el camarero dejó las bebidas—. Según el médico, todo está en perfectas condiciones; no deberíamos tener más problemas.

—Lo intentaremos pronto. —Justin besó su pálida mejilla. Luego volvió a clavar la vista en él—. Ese moratón que tienes debajo del ojo comienza a desaparecer. Ha pasado a un tono verdoso amarillento.

—¿Te dolió mucho?

John negó con la cabeza.

—No, Bridget —mintió—. Apenas sabía utilizar los puños. Me duele más cuando me golpeo el dedo pequeño con la pata de la mesa.

Su hermano se atragantó con la cerveza. Tosió varias veces. Alzando una ceja, se encogió de hombros. Una atmósfera familiar se había establecido entre ellos. Le gustaba, pero a la vez lo incomodaba. Nunca había tenido una familia propiamente dicha, todo era nuevo para él.

Aclarándose la garganta, se levantó.

—La comida es gratis; podéis pedir lo que queráis para cenar.

Justin asintió.

—Eso haremos. Diviértete, nosotros estaremos un rato. Te avisaremos antes de irnos.

John se dirigió de nuevo hacia donde se encontraba su entrenador, Dante. Con una altura de dos metros, piel oscura y ojos negros, era un gigante y antiguo luchador de artes marciales mixtas mundialmente conocido como «la Sombra», aunque antes, en los años 90, había sido campeón de boxeo. Se había retirado cinco años atrás, cuando su vida había cambiado por completo con la muerte de su mujer y de su hija.

Se pasó una enorme mano por la cabeza rapada.

—¿Qué tal está tu hermano?

Encogiéndose de hombros, John pidió otra cerveza.

—Bien.

—Eh, John, ven aquí. Estas preciosidades quieren conocerte.

—Patrick asomó su rubia cabeza. Pareció decirles algo a esas

mujeres antes de acercarse a ellos—. Chicos, os he conseguido rollo seguro para esta noche, pero para eso tenéis que mostrar algo de interés.

Dante puso los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de comportarte como un adolescente hormonado? No sé por qué demonios te contraté.

—Porque te organizo el gimnasio de puta madre. —Los grises ojos de él brillaron—. ¿Te gusta la morena? Para ti.

—Paso.

—Tú te lo pierdes. ¿Y tú, John?

Le dio un trago a su cerveza, se apoyó en la barra y miró a la susodicha. Desde luego, ella lo observaba con ansias. Su enorme sonrisa blanca le atrajo como el canto de una sirena. No había practicado sexo desde que había peleado y le apetecía perderse en el cuerpo de aquella escultural mujer. No era la primera vez que se acostaban y desde luego no tenía por qué ser la última.

—Oh, oh, John va a mojar esta noche... —Patrick parecía querer que le arrancara la lengua.

—Cállate —ladró.

—Deja de ser un capullo gruñón y dame las gracias.

Enarcó una ceja, lo agarró del hombro y lo pegó a él.

—Te habría dado las gracias si hubieses hecho una celebración más íntima, pero apenas conozco a la mitad de estas personas. —Le dio una palmada en su delgada espalda—. Otra vez será.

Con ello, fue directo hasta Anastasia.

Estaba cachondo. Terriblemente cachondo, y la culpa de que tuviese una enorme erección era de la rubia que estaba sentada sobre su regazo. Sabía de sobra cómo moverse para hacer contacto con su pene, presionándolo contra su trasero. Le susurraba cosas al oído, como que se moría de ganas por que la llevara a su casa o qué pensaba hacerle con la boca.

Se aproximó a ella hasta rozarle el cuello para susurrarle que podían irse cuando vio que su hermano le hacía un gesto con la mano, algo incómodo. Bridget miraba al suelo.

Se aclaró la garganta y murmuró una seca disculpa antes de ir hacia donde se encontraban. Eran las doce de la noche, algunos invitados se habían ido. Excepto Patrick, que era un pesado y seguía revoloteando por allí. Dante se había marchado hacía justo una hora.

—John, nos vamos. Estamos algo cansados.

—Claro. —Le dio un torpe abrazo a su hermano—. Gracias por venir. —Hizo lo mismo con ella.

—Ha sido un placer, gracias por invitarnos. Me ha encantado esa hamburguesa de ternera con salsa que nos han servido —murmuró Bridget.

—Genial —corroboró John.

Justin miró a su mujer y le dio un tierno beso en la frente antes de señalarle el perchero.

—Cariño, ¿te importa coger mi chaqueta? Se me ha olvidado.

John alzó la ceja, preguntándose en silencio qué querría decirle su hermano para que Bridget no pudiera oírlo. No tenía secretos para ella. Y ese había sido uno de los motivos por el que al principio le había costado aceptarla. Sabía demasiado de él. ¿Cómo mirarla a los ojos cuando veía tanta lástima en ellos? Odiaba inspirar aquel sentimiento en los demás.

—Por supuesto.

Al marcharse, Justin se acercó a él. Echó un vistazo a su alrededor.

—El sábado voy a hacer una barbacoa para Bridget, para subirle el ánimo. Ya sabes, como una fiesta sorpresa. Quiero que asistas; a ella le encantaría. Sobre las once puedes estar allí. ¿Vendrás?

John asintió.

—Claro, allí estaré.

—Estupendo, puedes traer a tu novia o lo que sea esa mujer. No hay problema.

Estuvo a punto de reírse. ¿Llevar a Anastasia? ¿A una mujer con la que solo practicaba sexo esporádico? Ni hablar.

—Iré solo.

—Genial. Nos vemos entonces. Enhorabuena de nuevo.

Justin se fue hasta donde estaba su esposa, que agitó la mano

para despedirse. Salieron del local, pegados uno al otro, como si estuviesen hablando de algo interesante. Ella esbozó una tenue sonrisa antes de recibir un beso. Los ojos de su hermano llamearon.

Se dio media vuelta e ignoró esa punzada de dolor que a veces le desgarraba el pecho.

Anastasia lo estaba esperando y, a pesar de todas las veces que la había dejado sola, ella seguía igual de feliz y con las mismas ganas de complacerlo. Esbozando una sonrisa, fue hasta ella.